

cuquería con que doña Lola, cuando estaba de sobremesa por la noche, intervenía en la conversación general sobre el tema que fuera, mencionando el número doce con cualquier motivo que ella encontraba, solamente para que Marañón se diera cuenta de que eran las doce menos diez o menos cinco y que tenía que retirarse. A los pocos minutos iniciaban la despedida; porque Marañón tenía marcada esta su hora de dormir y a esa hora y por automandato, se dormía puntualmente. En carta a Sebastián Miranda, ya bordeando la sesentena comentó: *el valor que a nuestra edad adquiere cada hora que pasa.*

Séptima. El sentido del deber

El rango otorgado al cumplimiento del deber, a plena conciencia. En un discurso pronunciado en la Facultad de Ciencias de Lima, dijo respecto a su actividad magisterial:

Entiendo la condición de universitario como un deber perpetuo de inquietud y anhelo de aprender; y mi condición de profesor es como el deber de un soldado que no se licencia como los demás, al cabo de los años, sino que sigue para siempre en las filas y que, por tanto, está obligado a aprender a perpetuidad.

En su «*Crítica de la Medicina dogmática*» escribió asimismo: *...he dicho muchas veces que el deber que se nos exige ha de ser tan sólo un pretexto para inventar otros deberes;* y en la lección inaugural del curso universitario de endocrinología, 1946, dijo: *Y en esto consiste ser fiel a nuestra personalidad: cumplir con lo que se nos exige y crear una nueva exigencia para convertirla en deber.* Marañón tenía el don especial de cumplir sus deberes con un arte que pasaba inadvertido para los demás y que le permitía alcanzar lo que otros consideraríamos siempre imposible. Más que «traperero del tiempo» fue traperero del deber, de los deberes encadenados, o, como dice Cortejoso, inventor del deber, *un tipo de locura inédito hasta ahora.*

Octava. Modestia y generosidad

Una modestia y una simpatía, ambas a prueba, ante todo y ante todos, carentes de la más leve presunción, sin pretender jamás deslumbrar al prójimo, ni vencerle por apasionamiento ni a los puntos. *Mis pasiones,* escribió, *las tengo encerradas en la jaula de mi serenidad.* Lo refleja también esta otra frase suya: *Yo creo que no ha nacido el hombre lo suficientemente superior para creerse superior a nadie.*

Solamente sobre el cimiento de su tímida modestia podía construirse el mayestático edificio de la que considero su más importante característica: la generosidad. Palabra que únicamente deletreándola o silabeándola puede entenderse en el sentido de Marañón. *El que es generoso,* escribió y Hernando lo comentó, *no suele tener necesidad de perdonar, porque está siempre dispuesto a comprenderlo todo, y es, por tanto, inaccesible a la ofensa, que supone el perdón. La última raíz de la generosidad es, pues, la comprensión. Ahora bien, sólo es capaz de comprenderlo todo el que es capaz de amarlo todo.*

Novena. Sublimación de la españolía

En lo que a los hispanos nos toca, la sublimación de la españolía. De una españolía en la que el dolor de español, que a otros grandes hombres, muy especialmente de

la generación del 98, acogotaba y estrangulaba, a Marañón le hacía ser feliz. Tan feliz, que generosamente extraía esencias dignísimas de las más picarescas cualidades del hombre español; tan feliz, que generosamente toleraba, disculpaba, perdonaba sonriendo las más elocuentes expresiones de la envidia que suele caracterizar a la mayoría de los españoles por altos que estén. Por eso disfrutaba siempre contribuyendo a mantener las ilusiones del prójimo, cualesquiera que éstas fuesen.

Los dolores de su patria constituían para Marañón acicates para su ejemplar liberalidad superadora. Ciertamente que, a veces, el dolor desbordaba su capacidad de soportar los prolongados rubicones de nuestra historia política. De 1936 a 1939, mientras los españoles se mataban en trincheras o dando «paseos» por ambas partes, Marañón, recorría el mundo como invitado de excepción, en calidad de abanderado, no de uno ni otro bando en lucha, sino de los hechos históricos que estaban por encima de las contingencias circunstanciales y poniendo a España a los niveles merecidos. Durante el exilio, Marañón pasó horas y horas en las grandes bibliotecas del mundo tomando notas para sus libros, para su *Manual de diagnóstico etiológico* y, sobre todo, para un estudio en profundidad de la actuación de los españoles fuera de España, como estaba él. Siempre con la complementaria e insustituible colaboración de su esposa. El matrimonio trabajaba a todo rendimiento en las horas pertinentes, llegando puntual al abrirse por la mañana la biblioteca de la Sorbonne. Otras horas las pasaba acompañando a Ortega, (operado en París), o visitando y conversando con Bergson, de lo que tomó muchos apuntes (¿adónde han ido a parar?); o almorzando modestamente con Hernando, Sebastián Miranda, Zuazo, Azorín, Baroja; o contemplando asombrado o perplejo la llegada de los alemanes y sus desfiles por las calles de París.

Décima. Vivencia de los hechos

Me refiero a su especial y silogística memoria para hechos fundamentales, no para pequeñeces eruditas, es decir, al modo como almacenaba en su inteligencia desde la casuística clínica que en su día le hubiera hecho pensar, hasta los pensamientos ajenos; la rapidez con que al encontrar un caso clínico de interés remontaba su retentiva a otros parecidos de su experiencia antigua de los que había extraído deducciones valiosas. Y la interpretación retrospectiva de los criterios de otros respecto a problemas, médicos y no médicos. Esto demuestra que Marañón no sólo *veía* los enfermos, sino que los *vivenciaba* de un modo envidiable. No tenía una memoria detallística de las cosas, sino una memoria *genérica* de los grandes problemas y de sus estructuras. Solamente disponiendo de esa vivencia memorística pudo Marañón preparar el *Manual de diagnóstico etiológico*, construido casi sin consultar bibliografía última, que en la historia de la medicina es una obra sin precedentes ni subsiguientes.

Pues bien, tenía la misma memoria para los asuntos no médicos, históricos o sociales. ¿Quién puede olvidar aquellos pedacitos de papel, arrancados a lo mejor del borde de un periódico, en los que anotaba con una sola palabra, cosas que debería recordar, que metía en el bolsillo izquierdo de su bata y después traspasaba al bolsillo izquierdo de su chaqueta? Por eso su conversación era siempre un fluir de historias concretas o de curiosas historietas que conservaba en su cerebro como residuo del aprendizaje constante que había sido su vida toda. El día que se dio una cena de homenaje a un conoci-

do médico español, en el que al final, habló también Marañón, le precedió en la palabra un intelectual, entonces en el candelero del prestigio, que hizo un gran alarde de espontaneidad oratoria, haciendo citas de múltiples personajes, y yo observé que, durante su perorata, desviaba la mirada hacia su mano izquierda que accionaba, cuya palma ponía casi delante de sus ojos. En ella tenía anotados los puntos de su improvisación. Cuando terminó, con disimulo, mojó con agua la servilleta y lo borró frotando. Vi muy bien toda la maniobra, porque estaba a su lado y el disimulo no vale cuando hay vigilancia. A la mañana siguiente se lo conté privadamente a Marañón, y éste, tras soltar una carcajada y decir un *¿Es posible?*, hizo este leve comentario: *No lo cuente usted a la gente. Esa actitud traduce sólo un deseo de quedar bien, y hay que respetarla.* Recordemos que Marañón leía siempre sus ofrecimientos de homenajes y sus conferencias. Solamente dejaba de hacerlo en las lecciones de clase pero anotaba buenos guiones en la pizarra (copiándolos la doctora Leonor Lorenzo) de papeles que traía escritos de su casa en letra menuda y lo hacía a la vista de todos y sin trampas.

Décimo primera. Acierto en la creación del núcleo familiar

El acierto en encontrar la compañera para toda la vida, que representó la máxima perfección como esposa, como madre de sus hijos, como colaboradora, secretaria, mecanógrafa, es decir, como cómplice ordenadora de la existencia en un hogar de trabajo intelectual. Una esposa que al objeto de que su marido pudiera trabajar sin el estorbo de los llantos infantiles, se llevaba a los niños pequeños a dormir al extremo más lejano de la casa; que le ayudaba hasta en sus pesquisas bibliográficas (por ejemplo, en la Sorbona cuando preparaba el *Manual de Diagnóstico Etiológico*) y que, al amanecer, ya estaba dispuesta a colaborar como amanuense. Siempre que se hable de la vida de Marañón hay la obligación insoslayable de recordar a doña Dolores Moya. Con el capítulo que don José Ortega dedicó a la «elección en amor», puede enjuiciarse lo que doña Lola significó para don Gregorio: lo que Ortega califica de «sola mujer genérica»; las específicas puede que hubieran obstaculizado la inmensa obra del maestro y hasta adulterado su generosidad básica.

Independencia intelectual y política de Marañón

A Marañón le tocó vivir su edad adulta en una fase histórica de la sociedad española —y mundial—, que, en todos los aspectos y bruscamente, se diferenciaba de la historia anterior en la invasión de las prisas y de los medios rápidos de comunicación, en la imposición de las ideas políticas más materialistas, en la irrupción de las técnicas científicas contemporáneas, etc.; o sea, en la primera revolución masiva del mundo entero que dependió de una genialidad humana. Pero para enfrentarse con ese nuevo cosmos Marañón disponía de una preparación intelectual y cultural que quizá de modo tan completo no tuvieron muchos, médicos y no médicos, a lo largo de los siglos. Acaso William Osler entre los primeros, como citó Rof Carballo, se le pareciera algo; pero conozco bien la enorme personalidad de Osler, ya que lo estudio desde hace tiempo, y puedo decir, con conocimiento de causa, que las diferencias cualitativas y cuantitativas entre uno y otro son fantásticas. No me refiero a sabiduría médica, ni al nivel de